

Ciudad y Pandemia: Una mirada a Guayaquil desde los afectos y las prácticas artísticas

Entrevista a Ana Rosa Valdez

por Andrea Alejandro Freire

Bienvenidas y bienvenidos al podcast de la edición especial “Ciudad y Pandemia, escrituras de la catástrofe” de la revista *F-ILIA*. Soy Andrea Alejandro, estudiante UArtes, artista, gestor cultural y editor adjunto de este número que propone hacer énfasis en el contexto actual y en la crisis provocada por el COVID-19. Pensamos que la situación pandémica vigente supera cualquier posibilidad de perspectiva objetiva que lleva el pensamiento y los afectos a sus límites, por esta razón hemos invitado a Ana Rosa Valdez a dialogar con nosotrxs.¹

Ana Rosa Valdez, 1984, es historiadora, curadora y crítica de arte ecuatoriano salvadoreña, historiadora del arte por la universidad de La Habana-Cuba, magíster en Estudios de la cultura mención Artes visuales por la Universidad Andina Simón Bolívar del Ecuador, fue profesora del Instituto Superior Tecnológico de Artes del Ecuador ITAE,

¹ La entrevista puede escucharse completa en el siguiente link: <https://soundcloud.com/user-979859888/ciudad-y-pandemia-entrevista-a-ana-rosa-valdez>

investigadora del Centro de Arte Contemporáneo de Quito, coordinadora del Premio Nacional de Artes Mariano Aguilera, directora de artes plásticas del Ministerio de Cultura y Patrimonio y colaboradora de la plataforma de arte contemporáneo Río Revuelto entre el 2008 y 2015.

Su proyecto más reciente, junto a Guillermo Morán, se enfoca en las representaciones de la selva en la historia del arte de Ecuador, desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. En el 2016, junto a Rodolfo Kronfle y Susan Roche, fundó Paralaje XYZ, espacio de crítica de arte y debates culturales del Ecuador, en el cual se desempeña actualmente como directora editorial y curadora autónoma.

Andrea Alejandro: ¿Cómo es tu relación con Guayaquil?

Ana Rosa: Bueno, yo nací en Guayaquil, mi mamá, y mi familia en general, mis hermanos, mis sobrinos, mis tíos, mis amigos viven allá y Guayaquil es una ciudad donde yo me siento en casa. A pesar de que en los últimos... qué se yo, las últimas dos décadas he pasado más tiempo fuera de la ciudad.

La primera vez que me fui, fue cuando tenía 19 años, para estudiar Historia del arte en La Habana y volví cuando tenía 24 años y en ese momento entré a trabajar en el ITAE. Luego en el 2014 vine a vivir a Quito, vine para trabajar en el Centro de Arte Contemporáneo y desde allí estoy radicada aquí, en la capital.

Yo creo que siempre he tenido esta relación con Guayaquil, una sensación de distancia, que yo asocio con el hecho de que mi papá era salvadoreño y él siempre vivió lejos de su tierra y mi mamá también, porque mi mamá es de la provincia de Los Ríos, entonces creo que esa condición de distancia, de lejanía, también me afectó porque yo siempre me sentí, de alguna manera, distante de la ciudad; o sea, distante de sus dinámicas sociales, urbanas y creo que fue recién en el ITAE cuando comencé como a explorar un poco la relación que yo

tenía con Guayaquil. Pensar en mi niñez, en la adolescencia, pensar incluso en la historia de la ciudad creo que fue muy importante en esos años en los que trabajé en el ITAE.

Andrea Alejandro: ¿Recuerdas cuál fue el último lugar al que quisiste ir y ya no pudiste por el aislamiento?

Ana Rosa: Sabes que al principio de la cuarentena yo quería hacer un viaje a la selva, porque el año pasado realizamos esta exposición sobre las representaciones de la selva en el MAAC y tuve la oportunidad, después de la inauguración de esa muestra, de estar dictando un taller en el MACCO en la ciudad de Coca en la provincia de Orellana, pero esa ciudad es muy ciudad, es una población urbana y fundamentalmente estuve alrededor del museo. Entonces, este año tenía la idea de poder adentrarme más, digamos, en los espacios selváticos en la provincia de Orellana o en Pastaza, que es donde tengo amigos y es como provincias en donde también tengo una relación. Pero luego, al estar tanto tiempo encerrada, comencé a tener unas ganas terribles de estar en el mar. Pensé estar en la playa, de repente conocer las playas de esmeraldas, y la semana pasada nos fuimos a los lagos de San Pablo, fue muy gratificante poder estar cerca de ese cuerpo de agua. Para mí el contacto con el agua es muy importante y, claro, en Quito esa relación no existe. No hay ningún cuerpo de agua como, por ejemplo, el río Guayas o los ríos amazónicos, en donde uno se pueda sumergir, uno pueda, no sé, estar ahí. Entonces, creo que al lugar al que sigo deseando ir y no puedo por el aislamiento es la playa, pero pienso fundamentalmente que más que estar en la playa me imagino estando en el mar, que ese cuerpo de agua me abrace, y también me contenga.

Andrea Alejandro: ¿Qué extrañas de tu rutina cotidiana antes del aislamiento?

Ana Rosa: Yo trabajo en la casa y desde hace varios años salgo muy poco, suelo salir más bien para cuestiones muy puntuales como exposiciones, eventos culturales, y determinadas tareas domésticas, pero no, paso mucho tiempo dentro de la casa, pero sí extraño mucho el salir con mis amigas sin tener este miedo a contagiarme o sentir esta angustia de ver el panorama desolador de Quito. Creo que es lo que más extraño realmente porque de ahí, mi casa también es mi lugar de trabajo, es un lugar que yo he construido como un refugio; antes me gustaba mucho más estar en la calle, salir, pero desde hace varios años prefiero estar dentro de este espacio doméstico.

Entonces sí, yo diría que lo que más extraño es salir con mis amigas, poder estar reunidas, poder estar juntas, poder pasear por la ciudad, salir de viaje, creo que ese contacto entre mujeres es muy importante, ¿no? Y claro, no es lo mismo tener, digamos, estas largas conversaciones en WhatsApp, en Zoom, en Skype, en Facebook, que realmente poder abrazarlas, estar cerca de ellas, poder sentir ese calor humano, por así decirlo.

Andrea Alejandro: Es impresionante la necesidad que tenemos del contacto, ¿no? Es decir, aunque uno sea una persona que no toque mucho, que no sea muy afectuosa, igual ese calor que se genera con el cuerpo del otro es como vital.

Ana Rosa: Claro, incluso, yo me solía reunir con mis amigas para trabajar —sí, para trabajar, cada una en su computadora—, pero estábamos cerca y esa cercanía yo creo que sí crea un contexto de... no sé, de sentirme parte de algo. Esta experiencia de estar en aislamiento, a pesar de que yo tengo la suerte de vivir con mi compañero, no favorece mucho a esa necesidad de poder estar en contacto con otros. Igual, también creo que es muy fuerte esta percepción de que el otro, de que el contacto con el otro es lo que va a producir un contagio y

ver al otro como un posible, digamos, sujeto contagiado. Es terrible, porque entonces sales a la calle y lo que estás buscando permanentemente es mantenerte a distancia de las otras personas y esto a mí también me entristece mucho porque, por ejemplo, recuerdo la experiencia del paro nacional donde lo más importante era sentirte parte de un colectivo; o sea, sentir que había una comunidad de manifestantes y de personas y de voluntarios, mucha gente alrededor tuyo, y saber que estabas contenido dentro de ese cuerpo colectivo. Entonces, la experiencia del aislamiento sí es muy radical de esa ruptura, de esa sensación de pertenencia a algo más grande que tú.

Andrea Alejandro: ¿Sientes que te falta o te sobra el tiempo?

Ana Rosa: Sabes que yo tengo una percepción muy distinta del tiempo ahora, porque en la manera en la que transcurre el tiempo es muy extraña durante el aislamiento, nunca estás totalmente seguro de si estás a tiempo, si llegaste antes si te has retrasado. Es difícil responder a esa pregunta porque la dinámica, digamos, temporal de las actividades cotidianas ha cambiado, ¿no? Ya no sabes cuándo es fin de semana, cuándo es lo que se llama la semana más laboral y ahora solamente pasan los días, entonces...

Andrea Alejandro: Como que los límites son más difusos...

Ana Rosa: Claro, como que no tienes totalmente un panorama estructurado de cómo debe transcurrir el tiempo también. Yo siempre he sufrido de estos ciclos más nocturnos de trabajo y digo 'sufrido' porque muchas veces tengo estas reuniones en las mañanas a las que siempre llego tarde porque las mejores horas para mí para trabajar son en la noche y la madrugada, entonces ahora, este ciclo más nocturno se ha vuelto más importante para mí, entonces he

perdido un poco la dinámica más convencional del tiempo, en estos meses.

Andrea Alejandro: Y ¿hay algo en particular que has estado pensando en estos últimos meses?

Ana Rosa: He estado trabajando en algunos proyectos que comenzaron antes de la pandemia. Tengo un proyecto de investigación y de curaduría en torno al paro nacional; es decir, a las propuestas artísticas que surgieron en torno el paro nacional, sea durante la movilización o posteriores. Tengo otro proyecto también de entrevistas a artistas contemporáneos del Ecuador para un libro, es un proyecto editorial. Y tengo otro proyecto de investigación sobre la participación de las mujeres en proceso de irrupción en el saber universitario, específicamente mujeres que estudiaron en la Facultad de Artes de la Universidad Central.

Yo he estado desarrollando estos proyectos, me he aferrado un poco a ellos porque, en este nuevo mundo sin estructuras, para mí estos proyectos marcan unas determinadas líneas de trabajo y me permiten también no desvincularme totalmente del campo artístico.

Todavía no tengo reflexiones muy precisas alrededor de ellos, pero, en todo caso, he estado trabajando ahí y eventualmente voy a tener que parir ya textos o exposiciones; eventualmente me va a tocar, pero por el momento creo que estoy en ese periodo de gestación.

Andrea Alejandro: Y en concreto con el proyecto que estás trabajando sobre el paro que aconteció en octubre del año pasado, ¿cómo has sentido que potencia o debilita el trabajo todo lo acontecido con la pandemia del COVID-19?

Ana Rosa: Ha sido difícil emprender no solamente esta investigación sino los demás proyectos en este contexto porque es un contexto muy

restrictivo en cuanto a las normas sociales que tenemos que seguir, pero también restrictivo en cuanto a los vínculos sociales que son necesarios en cualquier proyecto artístico/cultural. Sin embargo, creo que muchas personas que estuvimos en el paro o que participaron de alguna forma, así sea desde sus casas, en la movilización —digamos, en las arenas virtuales—, consideramos que hay una conexión. La pandemia ha agudizado esa crisis económica que se produjo en octubre y el papel del estado es clave porque toda las acciones o las decisiones que se han tomado, que ha tomado este gobierno con respecto a las instituciones estatales, que tienen esta línea de fragilizar a las entidades públicas. Eso se vivió en octubre y creo que se está viviendo ahora, para mí es un escenario muy similar, hay esta continuidad.

Obviamente son procesos distintos, el paro nacional tenía que ver con un malestar social que explota en octubre pero ya se había estado gestando desde antes y en este momento, en la pandemia, lo que se vive es la agudización de ese malestar social, porque a pesar de que el Ecuador es un país muy rico en varios ámbitos y que tiene unos procesos sociales muy potentes, en este momento, sobre todo con el estado de excepción —bueno, también se declaró estado de excepción en octubre— sientes un poco ese desamparo de una institucionalidad que se nos ha enseñado desde que somos niños y niñas que tenemos que confiar, que se supone que tenemos que confiar en el Estado como la organización política de la nación. Sin embargo, en este momento lo que vemos es la desestabilización de esa organización política y bueno, hay varios artistas que están haciendo esa conexión, que están pensando en esa conexión y que están viendo en octubre el antecedente de la crisis política que vivimos actualmente. Peor aún en un escenario electoral tan incierto y tan complejo de entender. Entonces, al momento de pensar en las líneas curatoriales de esta investigación sobre el paro nacional, yo creo que pensar en esas

líneas en este momento ha sido muy importante y creo que le da al proceso de búsqueda, de crear nuevas ideas de utilizar determinados conceptos o enfoques teóricos, le da un contexto muy particular. Yo creo que los proyectos que se están gestando durante esta pandemia van a tener que considerar esas condiciones, cuáles son esas mismas condiciones desde las cuales estamos pensando el arte y la relación del arte con los procesos sociales en este momento.

Andrea Alejandro: Creo que es un momento en que se manifiesta claramente que la labor del artista es bastante política, en el sentido del ejercicio ciudadano, porque también ayuda a vislumbrar en estos momentos bastante tenebrosos, porque son como momentos... A mí me da mucho la sensación de cuando uno está en una tensa calma, de que hay este flujo que pareciera que uno está abandonado, que la ciudad no se está moviendo pero se están moviendo cosas que no vemos, estrategias que no sabemos por dónde pasan pero creo que lo que me ha hecho pensar mucho en este tiempo en la necesidad de que, como artistas, pensemos en que también somos agitadores del pensamiento y que de alguna u otra manera lo que podemos hacer sobre todo en estos momentos es pensar mucho y estar muy alerta, encontrar otras metodologías, encontrar otros espacios, porque ya sabemos que el aparataje institucional es bastante grande y no es fácil atacarlo o derrumbarlo, pero sí siento que para mí es muy necesaria la resistencia. Hay otras cosas que siento que van apareciendo y que necesitan ser prioridad y no sé si a ti te ha pasado que sientes que han perjudicado tu proceso de investigación.

Ana Rosa: Sabes que, con respecto a la relación del arte con los problemas sociales y la necesidad que la figura del artista sea la figura más comprometida, más politizada, a mí siempre me genera sospechas, porque creo que el campo del arte no es unidimensional y los procesos de investigación artística, y en general los procesos artísti-

cos, son muy diversos. Hay artistas que efectivamente reaccionan de una manera más política frente a la crisis, hay artistas que están interesados en pensar la utilidad social del arte en los procesos comunitarios, hay colectivos que están trabajando incluso en temas de voluntariado, que están trabajando mano a mano con organizaciones sociales Pero también hay artistas que frente a la crisis reaccionan a otra manera, quizás de una forma más intimista o el proceso de aislamiento les ha llevado a una exploración de los mundos interiores, de la intimidad, crisis existenciales, preguntas que tienen que ver sobre el ser, y en ese sentido a mí me resulta muy importante que seamos capaces de entender que son muy diversas las maneras en que un artista puede contribuir a pensar esta pandemia y la crisis social y económica que produce. Yo no estoy tan segura de que la vía sea única y exclusivamente la relación sea, digamos, el arte y la sociedad, o el arte y la política, sino que también le presto atención a aquellos procesos que, quizás por los lenguajes o recursos que utilizan, a primera vista podría parecer que no están vinculados a este tema sino que, más bien, están creando otras maneras, otras representaciones sobre la experiencia de esta crisis. Yo ahí tengo mucho cuidado. Por ejemplo, en este momento estoy escribiendo un texto de presentación sobre los ejercicios artísticos que hicieron mis estudiantes en la Católica, en la materia de Teoría del arte III.

Obviamente, las experiencias que ellos tuvieron en los meses de marzo, abril y mayo son distintas a las que pudieran tener los estudiantes de arte y en general los trabajadores del arte en Guayaquil. Los contextos son totalmente diferentes y mis estudiantes veo que piensan mucho en los conflictos existenciales, los estados emocionales que produjo el aislamiento en ese momento y nuevas búsquedas identitarias o en torno a la producción de subjetividad que se da en esas condiciones. Creo que también hay que prestarle atención a las múltiples maneras en las que el arte puede producirse en este

contexto, y con respecto a cómo se modifican los procesos de trabajos, de investigación en este momento, digamos ya en términos más prácticos, para mí un problema muy grave ha sido el cierre temporal de las bibliotecas como los archivos.

Esto es un obstáculo porque si en este país, tanto las bibliotecas como los archivos contienen memorias muy fragmentarias de la historia del arte o de la historia en general, en este momento esa situación se empeora porque ya no solamente tenemos la limitación de lo que nos ofrecen las memorias de las bibliotecas y los archivos, sino que no podemos acceder a estos espacios. Además, yo mencionaría también una sensación de malestar que dificulta, por ejemplo, las entrevistas o la manera en la que se pueden entablar relaciones con personas con las que no he tenido un acercamiento previo.

Hay una artista que se llama Diana Valarezo, vive en Bruselas, y ha sido muy difícil crear una conexión con ella para poder investigar su producción artística de los años 90. He tenido que realizar entrevistas muy largas y varias entrevistas en cada caso para poder conectarme con las otras personas. Yo diría que esos han sido los obstáculos más fuertes que he encontrado en este momento.

Andrea Alejandro: Y cuando realizaste la curaduría de Jugarse la piel para la galería virtual de arte contemporáneo, yo te quería preguntar por tu experiencia o desde el lugar que tú quieras abordarlo, ¿cuáles fueron las diferencias entre armar una curaduría para un espacio físico y armar esta curaduría para este espacio virtual?

Ana Rosa: Sabes que yo tengo muchas dudas sobre las curadurías virtuales, porque en algunos casos las así llamadas exposiciones *online* no son otra cosa que ensayos publicados en sitios web o en libros digitales. O sea, creo que ahí es importante pensar mucho el formato.

Cuando me invitaron a presentar una propuesta curatorial para Instagram en la plataforma de arte contemporáneo Ecuador, yo pensé mucho en el formato y sobre todo en las formas de consumo de las imágenes en las redes sociales. Recuerdo que, en esa propuesta en particular, yo tenía dos motivaciones: primero, estaba este cuidado excesivo de la piel —de las manos, del rostro— que se nos aconseja para evitar el contagio. Hasta ese momento creo que nunca había estado tan pendiente de mi piel. Yo tenía unas rutinas muy rigurosas, sobre todo entre marzo, abril y mayo, me lavaba las manos a cada rato, me ponía crema para que no se resequen. Esto puede parecer algo sencillo pero realmente era una rutina desquiciante porque el trasfondo de ella era el miedo a contagiarme.

En ese momento yo estaba dando clases en la Católica, estábamos abordando la relación del arte con las prácticas feministas y analizando la centralidad que tiene el cuerpo en las obras de las artistas. Entonces, *Jugarse la piel* surgió casi de manera espontánea. Un día me senté en la computadora y empecé a buscar obras que transmitieran estas sensaciones y no solamente las sensaciones corporales sino también el malestar social, la decepción frente a los sistemas del gobierno, la idea de que era necesario cuidarnos entre nosotras. Creo que eso era para mí lo más importante. Otra cosa, el enfoque que yo tengo de la curaduría viene de la historia del arte y esto siempre me lleva a pensar en los antecedentes que tienen las prácticas artísticas actuales. Entonces, en *Jugarse la piel* yo intenté poner en diálogo obras que pueden considerarse históricas en el arte contemporáneo local con propuestas más recientes.

Tengo una preocupación y es que a veces escucho opiniones que son muy arriesgadas de personas que no han estudiado con cuidado la historia del arte local; no solamente jóvenes, he escuchado esas opiniones también en funcionarios públicos de instituciones y yo siempre tengo presente la necesidad de imple-

mentar en el Ecuador una cultura de los antecedentes. Esta es una idea de Lupe Álvarez, que ella presentó en un evento en Quito que fue organizado por el Ministerio de Cultura previo a la apertura del Museo Nacional y en ese momento ella trabajó en torno a esta idea, sobre la necesidad que en el Ecuador debemos tener una cultura de los antecedentes porque muchos procesos históricos se pierden dentro de las mismas instituciones y para mí ha sido muy importante tener a Lupe Álvarez, a Rodolfo Kronfle, a Susan Rocha, ellos tienen una experiencia en historia del arte local desde hace al menos unos 20 años y en el caso de Lupe más. Para mí esa cercanía ha sido importante. Entonces, cuando yo pienso en las curadurías, lo hago desde la historia del arte principalmente; o sea, me pregunto cuáles son los antecedentes y cómo lo que estoy haciendo puede contribuir a ese proceso histórico del arte y a construir también nuevos relatos. En *Jugarse la piel* yo incluí obras de Jenny Jaramillo, Valeria Andrade, de Dayana Rivera que después algunas conocidas me decían que no conocían esas obras, para mí eso era importante.

Con respecto a la diferencia entre una curaduría desarrollada en un espacio físico y una curaduría que se presenta en sitios web o redes sociales, creo que lo fundamental es pensar en el formato porque si no, lo que se estaría produciendo simplemente es un texto que en el mejor de los casos intenta realizar unas interpretaciones nuevas sobre determinadas obras y proyectos artísticos. Por eso creo necesario pensar en las nuevas posibilidades tecnológicas con las que contamos hoy en día para no tratar de reducir la experiencia de una exposición física al entorno virtual.

Por ejemplo, yo en mis clases de Historia del arte de los nuevos medios en el ITAE hace más de 10 años exploraba mucho las exposiciones de arte que se hacían en Second Life y lo que veía eran exposiciones que reproducían, de manera muy mimética, de mane-

ra como muy exacta, los entornos de las galerías del mundo físico. Hoy en día ya eso ha cambiado. En Second Life puedes encontrar propuestas que se han pensado en ese entorno virtual, cuáles son sus características, cuáles son sus posibilidades, sus límites, de qué manera los usuarios y las usuarias interactúan en este medio y creo que desde ahí es donde debemos orientar estas búsquedas en torno a la curaduría virtual.

Andrea Alejandro: Eres la directora editorial de Paralaje.xyz, que es un espacio de crítica de arte y debates culturales del Ecuador. Paralaje ha estado activo y presente con la coyuntura política, artística, cultural y en base a eso te quería preguntar que sucesos de acciones, sentires, detonan tu deseo de escribir en Paralaje y entrevistar a otros y hablar también con otros en ese espacio.

Ana Rosa: Últimamente he estado pensando mucho en el proceso de Paralaje. Creo que eso ha sido algo interesante de la cuarentena, tratar de repensar este proyecto porque a Paralaje no le afectó realmente el aislamiento. Nosotros siempre estamos en el medio virtual, entonces he estado pensando mucho en una metáfora deportiva, porque en el colegio yo era superbuena en las carreras cortas, siempre ganaba en las carreras de cien metros, pero era imposible que yo participara en una maratón, eso ni hablar. Cuando pienso en cómo nació Paralaje, en cómo se ha ido construyendo, la imagino como una gran maratón que para mí está formada por carreras cortas; es decir, soy capaz de conducir una entrevista, de hacer una reseña, de hacer una breve introducción a un texto, incluso puedo dedicarme días o semanas a escribir ensayos cortos sobre posiciones, o proyectos artísticos que me llaman la atención y de esta forma el cuerpo de trabajo que se ha ido generando desde el 2016 se potencia. Pero en conjunto, creo que es una gran maratón que no termina.

Con respecto a las motivaciones, diría que son muy diversas. Una tiene que ver con la necesidad de escribir de manera libre, experimental. Cuando nació Paralaje ya existía la revista *Index*, por ejemplo, que tiene ya varias ediciones. En este proyecto editorial se recopilan textos académicos y contribuye a esta necesidad que tienen las universidades de que su planta docente tenga textos indexados. Pero Paralaje intenta escapar a esa rigidez del ensayo indexado, la idea es poder tener mayor soltura y sobre todo actuar sobre coyunturas específicas. Otro aspecto importante es el diálogo con Rodi, con Susan, con Lupe, porque ellos son quienes me sostienen emocionalmente cuando he pensado en cerrar el proyecto, cuando ya me siento un poco cansada, cuando siento que no tengo nada que decir o simplemente cuando no siento ganas de continuar. Rodi siempre me dice que debo cumplir aunque sea 10 años para que Paralaje sea realmente una contribución a la historia del arte local, por ejemplo, y lo que él me dice es importante porque Río Revuelto que fue una plataforma importante para el arte contemporáneo desde Guayaquil, a inicios de siglo. Para mí es un referente fundamental, yo veo ese trabajo y sé lo duro que es sostener un proyecto editorial de ese tipo. ¡Rodi lo hizo solo! Yo tengo esta ventaja de tenerlo a él y de tener permanentemente la cercanía, los diálogos con Susan y Lupe, que son personas que admiro mucho y que las admiro tanto por el trabajo que hacen, pero también por las personas que son. Esta cercanía creo que es lo que a mí me permite sostener ese proyecto porque nosotros no tenemos auspiciantes, patrocinadores, clientes, no hay nada de eso y prácticamente Paralaje se produce en los residuos de tiempo más allá de mi trabajo, no quiero decirlo 'formal' pero el trabajo que debo hacer para mantenerme. Además que las experiencias de Rodi, Susan y Lupe también me ayudan a pensar que debo tener una perspectiva histórica con ese trabajo porque al inicio yo quería publicar posteos toda la semana, estar todo el tiempo pendiente de

lo que sucede en la escena artística y ese es un trabajo que, si no es remunerado, es desgastante, extremadamente desgastante. Y claro, uno, a diferencia de otros proyectos, no ves los frutos inmediatamente. A mí la satisfacción que me queda es esto que me refería al inicio, ver Paralaje como una maratón que se va construyendo a partir de carreras cortas y muy diversas.

Andrea Alejandro: Ana Rosa, te voy a devolver una pregunta que tú me hiciste hace algunos meses: ¿qué es lo que puede hacer el arte frente a la tragedia? ¿Cómo reacciona la sensibilidad artística ante esta catástrofe ocasionada por el COVID-19?

Uf. (Risas). Sabes que anoche, mientras estaba escribiendo el texto sobre los ejercicios de mis estudiantes de la Católica, volví un poco a este tema. Yo no sé cómo logramos terminar este semestre, la verdad no sé, porque mientras estábamos siguiendo el pensum, haciendo el programa académico de la asignatura, estábamos estudiando la crítica institucional del arte, las formas de censura en el arte, los diálogos del arte con el feminismo, mientras estábamos haciendo esto en Guayaquil fallecían miles de personas y esta fue una situación que yo intenté contener las primeras semanas del aislamiento, pero ya después se volvió imperativo abordar esta crisis en el aula. Conversé con los estudiantes y decidimos leer textos, leer por ejemplo un ensayo de Paul Preciado, de Ana Longoni, de Jerry Saltz y nos hacíamos esta pregunta: ¿cuáles son las posibilidades del arte frente a la tragedia? Que en ese momento —me refiero puntualmente al mes de mayo— era muy difícil tener una respuesta, incluso no sé si tenemos una respuesta ahora, pero al ver cómo mis estudiantes están recurriendo a formas expresionistas o a una perspectiva surrealista del mundo para enfrentarse principalmente a sí mismos en este momento de crisis, recordé estos acontecimientos históricos del expre-

sionismo, del surrealismo que surgieron en medio de la devastación que se produjo en la Primera Guerra Mundial. Son movimientos entre guerras que estaban pensándose cosas muy similares a las que estamos pensando ahora, en cómo reconstruyes el mundo después de una tragedia y qué sentido tiene el arte ahí. Creo que es una conexión que se puede explorar en ese sentido.

Ahora, otro aspecto que me parece importante es que muchas personas han referido en este tiempo que el arte les ha permitido vivir, que el arte ha sido un entretenimiento, ha sido un respiro. Se habla de las series en Netflix o en HBO Go, pero creo yo que lo que puede el arte es mucho más profundo y complejo. No tiene que ver con esta suerte de escapismo o este intento de huir del mundo o de escapar a otros mundos posibles, sino que tiene que ver con imaginar en qué medida lo que vivimos es una tragedia; es decir, cómo construir ese relato trágico sobre la pandemia. Y ahí tenemos la historia del arte para poder ver la manera en que otras sociedades afrontaron sus crisis y crearon desde la tragedia. O sea, estoy pensando en el género, cómo queremos recordar este momento de nuestras vidas, qué legados queremos transmitir a las siguientes generaciones, cómo queremos vivir estéticamente esto que llaman la nueva normalidad, o qué decisiones políticas queremos tomar a partir de ahora. Estas nuevas preguntas pueden ser exploradas a través del arte.

A muchas personas, el arte nos salvó durante estos meses pero no el arte como ese entretenimiento consumista de sentarse a ver una maratón y ya, porque incluso en Netflix mismo hay propuestas de series que son muy complejas y que están tratando temas neurálgicos en nuestra sociedad, hay series que realmente complejizan esta sensación de abandono, de vaciamiento, de sentido en el mundo y, claro, si las consumimos como mero entretenimiento no hemos entendido nada, porque esta idea de ir brincando de serie en serie y dedicarle pocas horas a cada producción de la que se pre-

sentan en esta plataforma es terrible. Por ejemplo, soy fanática de la serie *Dark o Midnight Gospel* y son series que he tenido que ver varias veces y eso realmente me gusta, su complejidad narrativa, el hecho de que no puedes simplemente dedicarte a verlas para satisfacer el deseo de un respiro o ver algo entretenido en un momento del día, sino que son realmente propuestas en las que te puedes sumergir y complejizar muchas cosas en tu propia vida, tienen obviamente un trasfondo filosófico que es tremendamente interesante y eso es lo que me parece potente del arte: el arte como un medio en el que puedes circular estéticamente, políticamente, esas ideas y esos afectos que nos están sosteniendo en este momento.

Andrea Alejandro: Te voy a hacer una última pregunta para ir cerrando. Si esta entrevista tuviera un fondo sonoro, ¿qué estaríamos escuchando?

Ana Rosa: Tú y yo nunca nos hemos sentado en el malecón con una cerveza como para conversar y ver los lechuguines pasar ahí en el río Guayas. Si esta entrevista tuviera un fondo sonoro, sería el sonido del agua, de la brisa, allí en el río, pero obviamente bajo un cielo nublado porque en Guayaquil, una entrevista como esta, bajo el sol, ¡a esta hora! Ya nos hubiéramos achicharrado. Entonces, yo diría que sería el fondo sonoro del agua del río golpeando los lechuguines, pero bajo un cielo totalmente nublado.

Andrea Alejandro: Como el que se pone bajo estas épocas.

Ana Rosa: Así es. Muchas gracias, Andrea Alejandro, por esta entrevista. Creo que ha sido una experiencia muy enriquecedora haber tenido este diálogo y pensar el recuento de cosas que han estado ocurriendo durante la cuarentena.

Andrea Alejandro: Muchísimas gracias a ti, Ana Rosa, porque siempre me parece muy potente hablar contigo y expandirme, como la potencia del diálogo, mirar cosas que antes no había mirado. Siento que hoy me voy pensando cosas y voy mirando cosas que antes no miraba y te agradezco mucho por eso.

Ana Rosa: Muchas gracias, también.

Andrea Alejandro: Un abrazo.

Ana Rosa: Un abrazo con el fondo de los lechuguines en el agua. (Risas).

Andrea Alejandro: Un abrazo con el fondo de los lechuguines en el agua del río Guayas. (Risas).